

que ésta sea próspera y grande; la escuela por todas partes, símbolo de libertad y preservativo de revoluciones; la bandera azul y blanca: tales son sus ideales.

Los profesores argentinos muestran en sus lecciones un patriotismo vehemente. El estudio no quebranta su entusiasmo nacionalista. Aunque comulguen en las doctrinas más avanzadas, éstas no alteran su fe en la patria. El 9 de Julio es la fecha de la gran fiesta de las escuelas. La niñez acude en masa á jurar fidelidad al pabellón nacional, lo mismo que los soldados. Miles de voces infantiles entonan el himno histórico en medio de un silencio emocionante. En el cielo, de intenso azul, las blancas nubes semejan los revoloteos del manto luminoso de la patria, cubriendo á sus futuros defensores.

El maestro, tan emocionado como los niños, sigue el himno mentalmente. «Al gran pueblo argentino, salud». . . Los héroes cantados por las históricas estrofas hicieron la revolución para colocar la escuela por encima de todas las instituciones nacionales. Crearon una patria, y entregaron sus destinos al maestro.

Y el maestro tiembla de inquietud y de orgullo al pensar en la gran misión confiada á su modestia.

\* \* \*

Lo que más interesa á los extranjeros en la enseñanza de la República, no es la escuela de niños. En todas las naciones, la educación del hombre resulta la mejor atendida.

Las maestras y las escuelas de niñas son lo extraordinario. Los iniciadores de la cultura nacional pensaron en la mujer con preferencia al hombre, por lo mismo que aquélla estaba más necesitada de estudios. La argentina de los tiempos coloniales y de los primeros lustros de la independencia era una mujer á la antigua española, tal como existe aún en ciertos pueblos de la Península. Excelente madre, fiel esposa, hábil dueña de casa, experta en bordados y otras labores de aguja, incansable confeccionadora de dulces, gran rezadora de rosarios y oraciones para casos de enfermedad, sus virtudes perfumaban el hogar. Era un ángel de sonriente abnegación y animoso sacrificio. Sólo tenía un defecto: las más de las veces no sabía leer ni escribir, y si poseía estos conocimientos, extraordinarios para su época, los empleaba en apuntar, con torpes caracteres, los gastos de la casa ó en leer á saltos algún libro prestado, luego de enterarse bien de «si estaba prohibido». Este tipo de mujer, buena, con modales de gran señora, amorosa madre de familia é ignorante como una criada, se encuentra todavía en algunos países de América, como recuerdo viviente de las virtudes y los defectos de la antigua colonización.

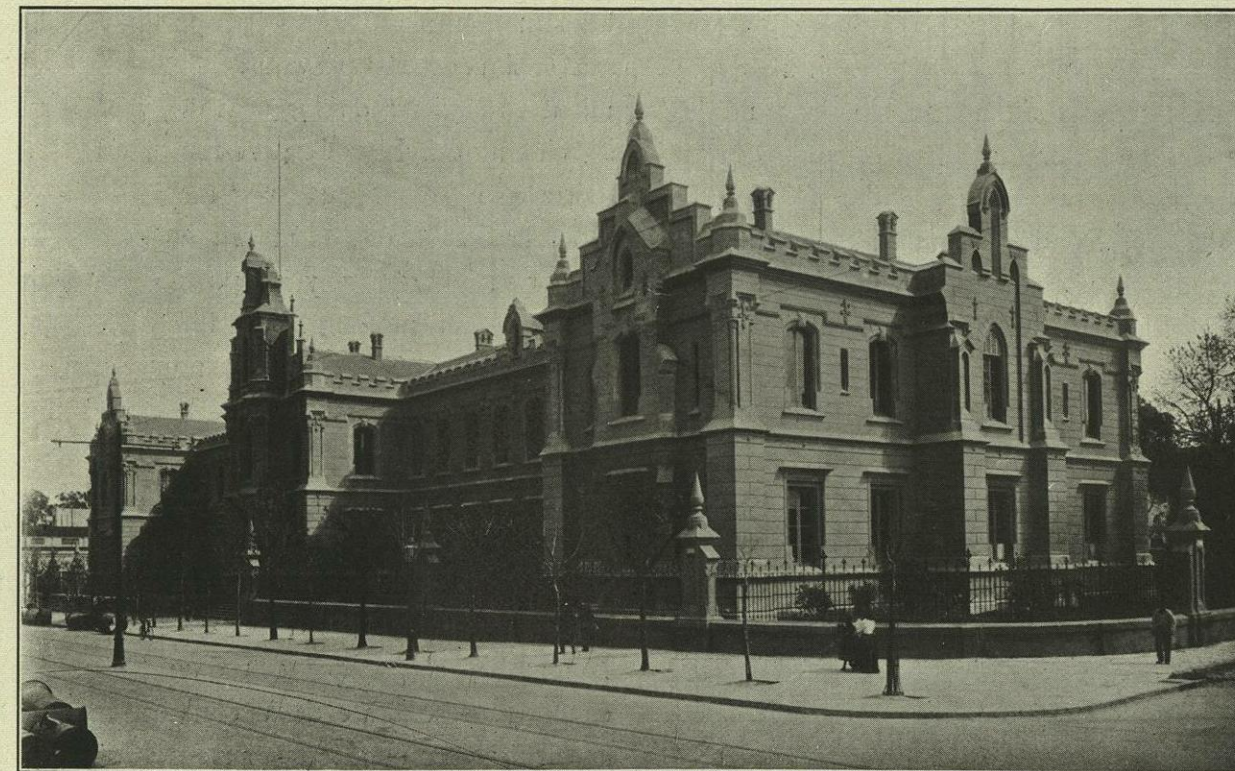
El vigoroso Sarmiento, leñador incansable en la selva del pasado, acometió con furiosos hachazos esta enseñanza tradicional. Mientras bregaba con el tronco centenario, que resistía á sus golpes, el atleta parecía gritar: «¡Que aprenda la mujer de todo! ¡Que cante, que dance, que estudie ciencias y letras, que adquiera al mismo tiempo las artes exteriores que realzan el encanto de la persona! Para ser buena no se necesita vivir ignorante de todo. Para ser virtuosa no es indispensable tener los ojos bajos y el aspecto encogido. ¡Fabriquemos madres instruídas y animosas para el porvenir! . . .»

Hoy la escuela ha creado en la Argentina una generación de mujeres, aficionadas al libro, versadas en los conocimientos que constituyen una ilustración general; y, aparte de esto, muy mujeres, sin la pedantería de las *bas-bleu*, ni el aspecto hombruno de las que creen que para elevarse la hembra intelectualmente necesita abdicar de todos los encantos del sexo.

Estas mujeres elegantes é instruídas, que siguen la frivolidad de la moda y leen los últimos libros, que charlan de las postreras creaciones en indumentaria y asisten á conferencias cien-

tíficas, que se enteran con fruición de las noticias de París (¡ah, París!), y pueden tomar las lecciones á sus hijos lo mismo que un maestro, son producto de la escuela moderna. Al lado de un hombre de cultura tal vez resulten frívolas; pero comparadas con sus abuelas pueden considerarse como portentos de sabiduría. En muchos hogares argentinos, la mujer que ha pasado por la escuela normal tiene una visible superioridad sobre el marido, dedicado en absoluto á los negocios y olvidado de lo que aprendió en las aulas.

La maestra argentina es mejor que la de otros países. Maestros buenos los hay en todas partes; maestras como las de esta República se encuentran en pocas naciones.



BUENOS AIRES. COLEGIO NORMAL DE SEÑORITAS

Ante todo, el magisterio femenino se considera en ciertas provincias como una función de honor, que no significa pobreza ni humildad de origen. En casi todos los pueblos de Europa la maestra es una joven infeliz, venida de abajo, que acepta esta carrera para subsistir, y la abandona y procura olvidarla, con mal disimulado rencor, apenas encuentra un hombre que la ofrece su mano. Esto último ocurre de tarde en tarde, pues la maestra europea suele ser poco agraciada y simpática por regla general. Tal vez la fealdad la empuja al magisterio, á falta de mejores caminos, y ensombrece su carácter con un humor severo y pedantesco, que gravita sobre las pobres niñas, haciéndolas antipática la escuela.

En Argentina la maestra es una mujer atractiva y joven, agraciada las más de las veces y elegante siempre, que no cree necesario poner un gesto hosco para demostrar su valía mental. Sonríe á las alumnas y las comunica sus enseñanzas, como una hermana mayor. Las hay que son de familias acomodadas, y no piensan envejecer en el aula. Estudian su carrera, la ejercen y luego se casan, satisfechas de haber prestado su actividad á la patria, cumpliendo un deber, lo mismo que lo cumplen los hombres en el servicio militar. Hay provincias, como la de Corrientes, donde las señoritas de la mejor sociedad son maestras, lo mismo que lo fueron sus madres, considerando esta función como una especie de timbre nobiliario de la familia. Por las mañanas se las ve correctamente vestidas de oscuro, con una cartera de papeles y libros en la



enguantada mano, ir á las escuelas superiores á dar sus cursos. Muchas señoras casadas han sido antes maestras y recuerdan con nostalgia sus tiempos juveniles.

— Yo tengo vocación para la enseñanza — dicen adorables muchachas —. Quisiera envejecer en la escuela: llegar á directora de Normal.

Y al hablar así, nótase en ellas la misma fe reconcentrada y grave con que exclaman las jóvenes, tristonas y cloróticas, de otros países:

— Yo tengo vocación de monja, yo quisiera morir esposa del Señor.

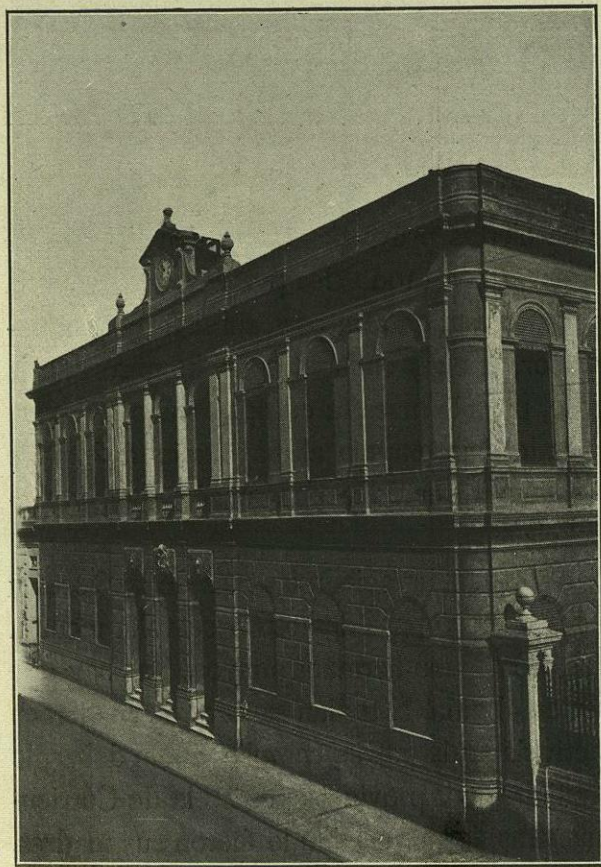
¡ Ah, maestra argentina, ilustrada y sonriente, estudiosa y elegante, amiga del libro y de los cuidados higiénicos, sembradora de educación mental y de buenas maneras! La alegría sana y honrada de la vida se une en ella á la gravedad del que cumple una misión importante. Sabe que está educando á las madres futuras: que esparce la simiente del porvenir.

En la vida de un pueblo, la mujer es semejante á la tierra de los campos, y el hombre el sembrador que abre los surcos para la cosecha futura. El trabajo resultará estéril si la tierra no está bien preparada: sólo dará de sus entrañas infecundas una vegetación espinosa y silvestre. Donde la mujer no ha sido elevada por la educación, la madre puede ser un dechado de virtud, pero resulta inferior á los hijos por su ignorancia, y no puede aconsejarlos fuera de las cuestiones elementales de moral. Sierva de su incultura, le es imposible completar dentro de la casa el trabajo del maestro. ¡ País dichoso aquel donde la mujer aparece tan instruida como el hombre, y la madre sabe tanto como sus hijos! Cada hogar es una escuela más.

La instrucción de la mujer argentina no toma el carácter de rabioso feminismo que en otras naciones adelantadas. La maestra estudia mucho, ansía cada vez mayores conocimientos, pero no cree necesario para ello abdicar de la gracia y delicadeza de su sexo.

En los pueblecillos de vida rudimentaria, la maestra, al par que ejerce su ministerio, es una representante de la ciudad lejana, de la civilización con todas sus comodidades, sus modas y sus buenas maneras. Ella sirve de modelo á las damas de improvisada riqueza, esposas de almaceneros y agricultores que aun conservan bajo las joyas y los costosos vestidos, traídos de Buenos Aires, su rudeza originaria.

La pobre desterrada, en medio de una sociedad que únicamente sabe hablar del precio de los corderos y las vacas, de las esperanzas de lluvia, ó de la calidad del trébol y el «alfilerillo» que crece en los campos, se consuela con el pensamiento puesto en la Pedagogía, diosa severa y un tanto ingrata, á la que ha dedicado su juventud y sus gracias. Algunas veces, la tristeza se le escapa en forma de versos melancólicos. Todas ellas, á espaldas de la ceñuda ciencia del magisterio, sienten ternuras y entusiasmos de artista. Escriben, pero ocultan casi siempre los versos,



BUENOS AIRES. UNA ESCUELA DE NIÑOS



ESCUELA AGRÍCOLA DE SANTA CATALINA

no osando comprometer en los azares de la gloria literaria su respetabilidad docente. Este sentimentalismo se trasluce en el carácter poético que dan á la enseñanza. Las niñas repiten, por su consejo, los versos de todos los grandes poetas de lengua castellana. En la clase de música, dos bustos de escayola, Beethoven y Mozart, hablan de un mundo lejano y misterioso á las niñas del humilde pueblo de zinc y adobes, perdido en mitad de la llanura, entre el trotecillo de las vacas y el galopar de rudos centauros con el poncho flotante.

Cantan las niñas una música que no es la «vidalita» popular ni los himnos heroicos de las fiestas patrióticas. La maestra les ha enseñado coros y romanzas con letra italiana. Son dulces reminiscencias de óperas oídas en Buenos Aires ó en la capital de la provincia; felices recuerdos de la amada vida de ciudad; lo mismo que el «tapado» de suave color, que le sirve para las salidas nocturnas por calles de veredas sinuosas y mortecina luz, camino de alguna tertulia, donde las grandes señoras del pueblecillo admiran esta prenda, resumen de todas las elegancias metropolitanas.

\* \* \*

La enseñanza secundaria es gratuita, y se da en los llamados Colegios Nacionales, que equivalen á los Liceos ó Institutos de Europa. Cuatro existen en Buenos Aires y uno en cada capital de provincia, además del famoso Colegio Histórico de Concepción del Uruguay. En estos centros de enseñanza se preparan los alumnos para el ingreso en las Universidades.

Funcionan, además, en la República más de treinta Escuelas Normales, centros de instrucción, que proporcionan todos los años un número grande de maestros y maestras. Aun así, son tantas las escuelas primarias que se fundan, que algunas veces llega á escasear el personal docente.

La enseñanza técnica tiene valiosas escuelas de comercio en la capital y en los principales puertos; escuelas industriales con talleres, en los que practican los alumnos; y escuelas de agricultura y ganadería, entre las que sobresalen la de Veterinaria, de Santa Catalina; la de Minas, de San Juan, y la de Vinicultura, de Mendoza.

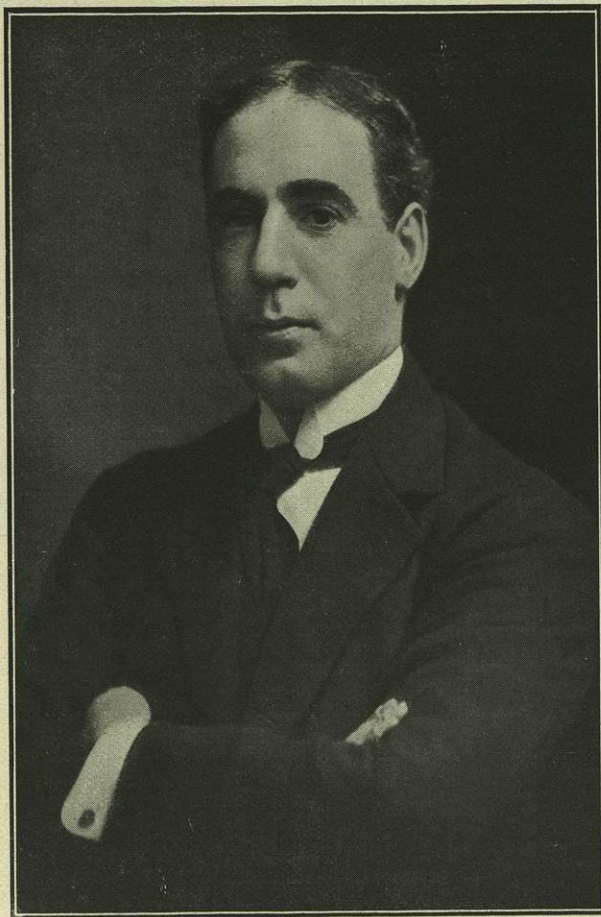


La enseñanza superior está representada actualmente por cuatro Universidades: tres nacionales, que son las de Buenos Aires, La Plata y Córdoba, y una provincial, la de Santa Fe, que hace poco ha sido habilitada para que sus estudios tengan validez en toda la República. En dichas Universidades pueden cursarse todas las carreras, así científicas como literarias. Las Facultades de Medicina son notables por la laboriosidad de sus profesores y el material de enseñanza. Lo mismo que en las naciones latinas de Europa, la juventud siente una predilección especial por la carrera de abogado. Todos quieren ser *doctores*, viendo en el diploma un título honorífico que realza el apellido y un medio de abrirse paso en la sociedad y en la política. Alguien ha llamado á la Argentina «el país de los doctores». Tal vez peca de exagerada esta apelación, pues aunque los doctores (entendiendo por doctores á los abogados) sean muchos, no influyen en la vida nacional con su carácter universitario, sino como dueños de la tierra, ganaderos é industriales.

\* \* \*

La dirección de la enseñanza secundaria y superior está confiada al ministerio de Justicia é Instrucción Pública. Hace tiempo que ocupa este departamento un hombre de mérito, Don Rómulo Naón, el ministro más joven de la Argentina. Tan joven es que apenas si tiene historia política. Antes de llegar á este alto sitio

sus triunfos sólo fueron universitarios, por haberse dedicado únicamente al estudio y la enseñanza.



DON RÓMULO NAÓN, MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

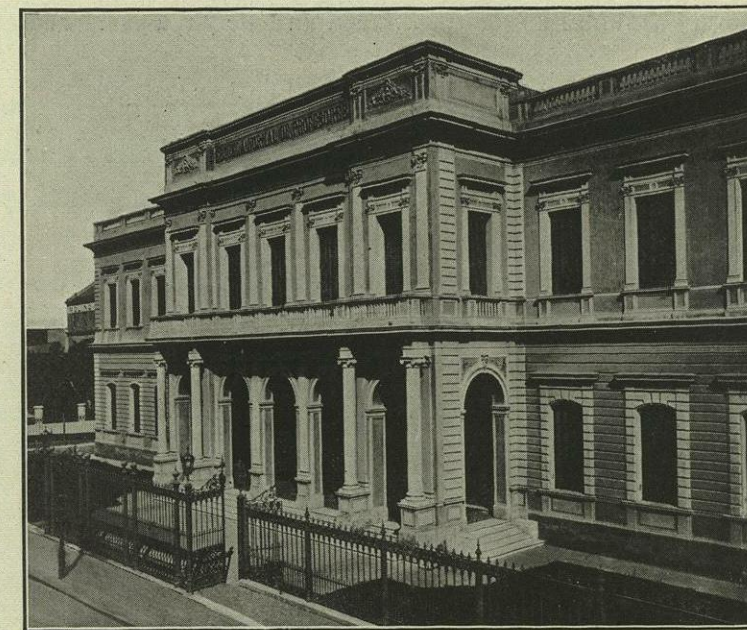
Este ministro, que aun no ha cumplido treinta y cinco años, llamó la atención de estudiante, recibiendo una medalla de oro en el acto de doctorarse, por una tesis notable. El gobernador de Buenos Aires, Don Bernardo de Irigoyen, uno de los hombres públicos más ilustres de este país y su mejor diplomático, llamó á Naón al lado suyo en 1900 como secretario oficial, y dos años después fué elegido diputado. En 1906 se verificó en la Capital Federal una coalición de todos los partidos para batir al Gobierno en las elecciones. Formóse una candidatura selecta con los personajes más notables de Buenos Aires, y en ella tuvo el honor de figurar Naón, al lado de Pellegrini, Don Emilio Mitre, Don Roque Sáenz Peña y Don Luis M. Drago. Al sentarse en el Congreso por segunda vez y distinguirse en importantes debates, le designó Figueroa Alcorta para desempeñar la cartera de Justicia é Instrucción Pública.

Naón ha sido profesor de Filosofía y de Instrucción cívica en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y catedrático de Derecho constitucional en la Universidad. Su actuación como ministro responde á este pasado de estudio. Aparte de sus trabajos en la sección de Justicia, ha procedido con incansable laboriosidad en todo lo concerniente á la enseñanza y su difusión. Lleva

fundados diez y nueve colegios secundarios, y ha creado la primera Escuela industrial de obreros. Los territorios nacionales carecían de centros de enseñanza para la educación de maestros. Tenían que establecerse en ellos instructores de lejanas provincias, pues los hijos del país no encontraban facilidades para dedicarse al magisterio. Naón fundó Escuelas Normales en dichos territorios, y en Buenos Aires la Escuela Normal Superior y el Instituto preparatorio universitario.

La difusión de la lectura recibió gran impulso de él con la creación de una Junta protectora de las Bibliotecas populares, que ha extendido éstas por casi toda la República. Fundó, además, en los colegios secundarios la cátedra de Moral cívica y política, para la formación del alma argentina, é hizo partícipes de la misma enseñanza á las escuelas primarias bajo la forma de un catecismo patriótico.

En dos años de ministerio lleva creados cuarenta y nueve establecimientos de enseñanza secundaria. Tarea es ésta que para algunos Gobiernos de Europa requeriría luengos años y la sucesión de varios ministros. El Doctor Naón puede alabarse de no haber perdido el tiempo en el servicio de su patria.



BUENOS AIRES. ESCUELA NORMAL DE MAESTROS

\* \* \*

El entusiasmo por la educación pública ha creado en la Argentina una especie de Gobierno independiente que rige la enseñanza primaria, y funciona como un Estado dentro del Estado. Es el Consejo Nacional de Educación, organismo que inició Sarmiento, y en cuya presidencia han figurado muchos hombres notables. Este Consejo es el gobierno que dirige la gran república de maestros y alumnos; el Estado Mayor del ejército acampado en las escuelas argentinas. Consejos de distrito secundan en la capital federal y en las provincias la labor patriótica del Consejo Nacional. Todas las escuelas de la República dependen de su autoridad y su vigilancia. Los ciudadanos colaboran con este organismo poderoso, encargado de la función más importante del Estado. Dirígenle á él como á un ministerio, no para formular peticiones egoístas, sino para extender los beneficios de la enseñanza en la que todos se hallan igualmente interesados. El corazón del argentino va instintivamente hacia la escuela, que representa á sus ojos la patria, tanto como la bandera blanca y celeste. Todos los sacrificios le parecen mezquinos para ayuda de esta función pública.

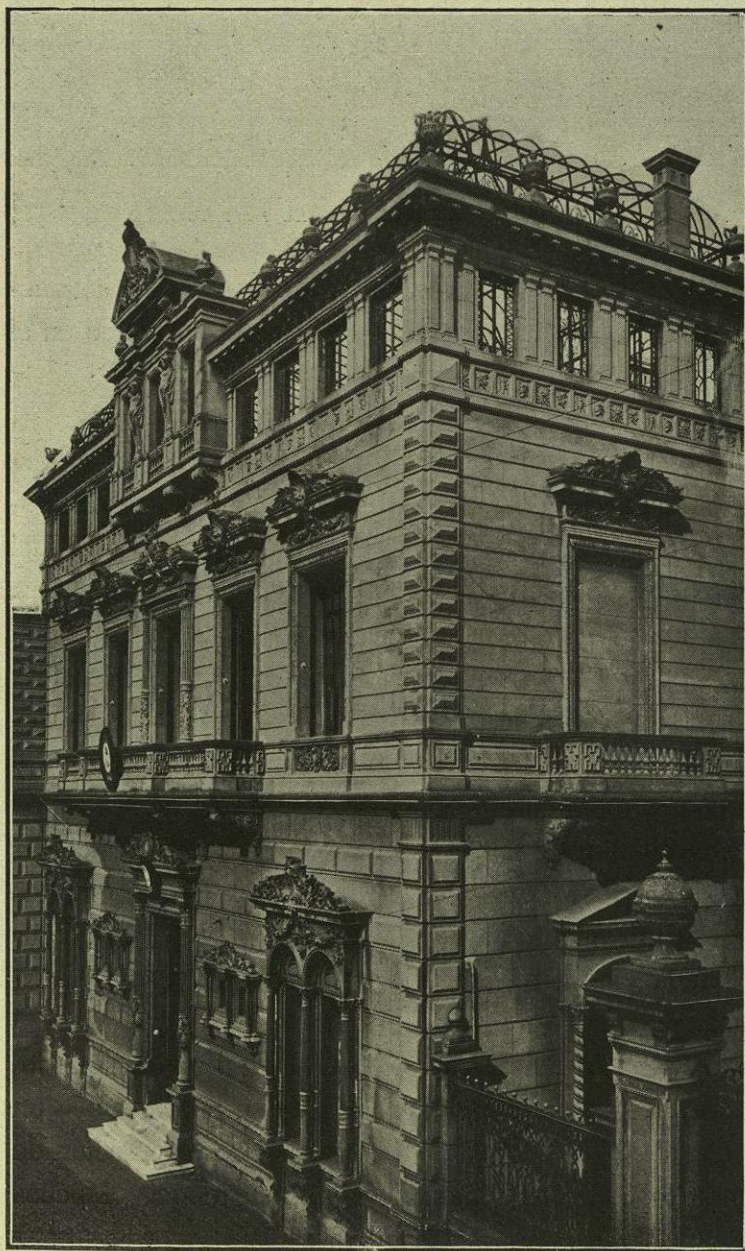
El amor á la enseñanza es tradicional en la República. Cuando el Gobierno revolucionario, para agradecer á Belgrano su victoria de Salta, quiso premiarle, en vista de su pobreza, con un donativo de dinero, el héroe, olvidando sus necesidades, dedicó esta cantidad á la creación de cuatro colegios, los primeros que se fundaron bajo el régimen de la Independencia. Muchos argentinos han hecho después donativos semejantes.

Los que viven en los territorios nacionales como soldados avanzados de la civilización,



apenas construyen un pequeño grupo de edificios, antes de pensar en los trabajos urbanos del futuro pueblo, se dirigen al Consejo Nacional, solicitando el envío de maestros y la fundación de una escuela doble. Siempre hay dinero para estas empresas. El donativo voluntario ayuda á la obra oficial. Los rudos peones desean que sus hijos sepan más que ellos. Adivinan en su confuso pensamiento que la instrucción es un medio de ascender socialmente. Los niños de las rancherías caminan largas distancias para llegar á la casa del maestro, que ondea su bandera en medio de la llanura.

La nación argentina tiene dos presidentes que se comparten el poder: el presidente de la República y el presidente del Consejo Nacional de Educación. El uno manda en los hombres; el otro manda en los niños. El primero lleva sobre el pecho una banda, signo de autoridad, con las armas bordadas de la República: tiene soldados, navíos, cañones, jueces que interpretan las leyes, legisladores que las votan, empleados que cobran los impuestos y sacerdotes que cantan en los templos. El segundo viste la levita vulgar y no cuenta con otro séquito que el de la juventud estudiantil; maestros y maestras de abnegada y obscura labor, que trabajan anónimamente con la fe del misionero, y no tienen siquiera la esperanza de una gloria futura.



BUENOS AIRES. FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS

No cabe comparar en la actualidad el poder del jefe de la nación y el del jefe de las escuelas. Sin embargo, mirando al porvenir, aparecen igualados, y ¡quién sabe si el presidente de los niños no es más poderoso que el presidente de los hombres! . . .

Los personajes que se suceden en la presidencia del Consejo Nacional, son los grandes artífices del futuro. La nación será como ellos la moldeen, pues en sus manos se halla, cual dócil materia, la generación directora del porvenir.

Ocupa este puesto actualmente un escritor ilustre, Don José María Ramos Mejía, el historiador de *Rosas y su tiempo*, el autor de *Las Multitudes Argentinas*, *La locura en la Historia*, *Los simuladores del talento* y otras obras de mérito. Este profesor de la Universidad de Buenos Aires, que ha llevado á los trabajos históricos sus grandes conocimientos en las ciencias médicas, actuó poco en la política militante, á pesar de haber hecho de ella el objeto de sus estudios. Fué diputado, y como muchos escritores, se retiró de la política por no poder



SALIENDO DE LA ESCUELA